

DE NUEVO, GRACIAS

Manuel Parra Celaya

En los últimos años he dedicado tres o cuatro artículos a glosar textos de Arturo Pérez-Reverte. En concreto, uno de ellos -casi apologético- me lo dictó la lectura de la serie de Alatriste, y en él agradecía profundamente a su autor su contribución a devolvernos la fe en España y en lo español, desde el pesimismo y el escepticismo en que viven sus personajes, situados en una época de decadencia histórica; acaso porque, como dijo Ortega, la historia de España es la historia de una decadencia.

En otro artículo, alternaba elogios y discrepancias de fondo, pero, sobre todo, reconocía la honestidad de Pérez-Reverte y su maravilloso dominio del lenguaje y, con él, la maestría en la alternancia de registros, especialmente su elevación a rango literario del «taco legionario», ése que a todos nos viene a flor de labios cuando abrimos las páginas de un periódico o tenemos la peregrina idea de ser instruidos por la «televisión educativa» de la señora Cafarell.

En este artículo me permitía establecer un paralelismo, algo arbitrario quizás, entre este novelista del presente y Rafael García Serrano, al que el «canon» -por supuesto, ideológico que no estético- parece haber condenado irremisiblemente al pasado, sin posibilidades de ser rescatado, aunque sea como «escritor maldito».

Cuando acabé las últimas páginas de «Cabo Trafalgar» me volvió a invadir, otra vez, el sentimiento de gratitud junto a otra sensación: la de haber pillado la gripe; ya saben, ojos humedecidos y escalofríos en la base de la columna vertebral. Claro que no se trataba de ningún virus invernal, sino de un producto de lo narrado por Arturo Pérez-Reverte y protagonizado por Nicolás Marrajo Sánchez, «pícaro, contrabandista, rufián y buscavidas, escoria de las Españas, reclutado forzoso...». De nuevo, no sé por cuánto tiempo, el autor había conseguido resucitar esa fe española, llevando a sus páginas un olvidado «genio de España».

De nuevo también, noté el regusto por el lenguaje que se siente al saborear páginas magistralmente escritas; se suceden, se solapan y se intercalan el registro culto del académico, el literario de un genial novelista, el especializado del apasionado del mar y de la Marina Española -lo que te obliga a detenerte (¡menos mal!) y a intentar aplicar cada tecnicismo a su realidad- y el popular y el de jerga.

La sorpresa viene dada por este último, que no es, en medida alguna, el que se hablaría en los bajos fondos de Cádiz, Sevilla o Madrid a principios del desdichado siglo XIX, sino el de nuestros días, el que puede proferir no tanto el español inculto como el ciudadano medio que está hasta más allá del gorro (perdón por no imitar a Pérez-Reverte o a García Serrano) de muchas cosas que suceden.

Mediante este registro actualísimo, nuestro autor comete un *intencionado anacronismo*, que nos sitúa en la actualidad y no en la historia - Batalla de Trafalgar- ni en la ficción -tripulación de un «Antilla» que nunca existió-. Con un poco de perspicacia, el libro se convierte en un formidable ejercicio de crítica social y política; leemos sobre Godoy, Carlos IV o María Luisa... y pensamos en el presente, acaso no menos lamentable que cuando nos regían tan infaustos personajes. No es de extrañar que, intencionalmente, Pérez-Reverte repita la frase del inmortal juglar de San Esteban de Gormaz, aplicada entonces al Cid y actualizada en los años 30 en el marco de un mitin en el Teatro de la Comedia: «¡Dios, que buen vasallo si hubiera buen señor!».

La tripulación del «Antilla» es un microcosmos representativo del siglo XIX: todas las capas sociales están presentes en ella; todas las virtudes y todos los defectos; todas las actitudes, desde el miedo al valor, desde la impasibilidad a la locura; todas las motivaciones, desde el sentido del honor a la mezquindad, desde el deber hasta la tentación del «escaqueo»; desde la elegancia a la mediocridad; desde el odio a la hermandad... y, sobre todas ellas, prevalece al final la idea de la unidad de esfuerzos, hasta el sacrificio límite de la vida, por un objetivo común de la victoria, la supervivencia o la genial irracionalidad hispánica del «y yo más que tú».

Pérez-Reverte, sin embargo, vuelve a transpolarizar las épocas y nos hace fijar la atención en el cosmos absurdo de la sociedad española de principios del siglo XXI, donde acaso laten las mismas virtudes y defectos y actitudes, y donde se sigue reclamando el «buen señor» que convierta en «buen vasallo» al Juan Pérez de nuestros días, y le haga capaz de empresas admirables que merezcan, incluso, el aplauso del adversario, en lugar del desprecio o la palmadita en la espalda con sonrisa de conmiseración.

Más que una novela histórica, «Cabo Trafalgar» es una novela *intrahistórica*, al modo galdosiano y, más aún, unamuniano, porque posiblemente la raíz del problema de España no esté al alcance de políticos, sino que pueda empezar a encontrar su solución a partir del cambio de una sociedad; es la distancia que media entre la «España Oficial» y la «España real»; y también la que va creando un abismo entre la España física -la que ha hecho el Sistema- y la España metafísica, no sé si fácilmente definible, pero en la que está soterrado el *genio de España*.

No obstante, por presión de las circunstancias, transcurridos varios días de la lectura de «Cabo Trafalgar» no es extraño que retornemos a las dudas y vacilaciones: ¿seguirá existiendo, hoy en día, en España, algún otro Nicolás Marrajo Sánchez?